

Esmeraldo:

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 0, *por Manolo Martínez.*
Verano del 2003.

Cuál es la palabra.
Entrega primera.....pág.2

Sus familiares los están buscando.....pág.11

La primera muerte del mundo.
Gedankexperimenten.....pág.13

Mensaje en el contestador automático.....pág.17

Cuál es la palabra.

PRIMERA ENTREGA

— ¿Qué has dicho?

— ¿Qué?

No lo sé.

¿Qué estaba diciendo? Lo que pasaba se puede describir así: ‘yo estaba diciendo algo’, o menos comprometidamente: ‘se estaba diciendo algo’, o aun con más seguridad: ‘se estaban emitiendo sonidos’ (presumiblemente a través de los cuales se comunicaba “algo”). Bastaría, pues, con descifrar el sentido de los sonidos que emitía y responder ‘estaba diciendo que [y el sentido de los sonidos descifrados]’. Nada de eso: saber qué estaba diciendo implicaba, primero, saber que estaba diciendo (si se me permite utilizar intransitivamente el verbo ‘decir’ para acentuar el paralelismo y, por tanto, la diferencia entre los dos ‘saber que/qué estaba diciendo’ con sus “que” con y sin acento). No es que estar diciendo (algo) sea siempre motivo de perplejidad: si no hubiese fallado nada,

si se me hubiese oído a través del barullo que llegaba desde las otras mesas, no me habría interrumpido para que repitiese lo que fuera que decía, no habría tenido que pararme a pensar sobre qué estaba haciendo y habría completado mi monólogo satisfactoriamente. En ese caso, lo que decía hubiera sido igual *al sentido de la transcripción de lo que decía*. Una vez dicho algo, basta con eso: lo que has dicho es lo que has dicho.

Así pues, la pregunta ‘¿Qué estaba diciendo?’.

Claro que hay trucos para responder inteligiblemente a una pregunta así sin comprometerse con entidades dudosas como “el que dice” o “aquello que se dice”. Por ejemplo, puedo hacer memoria ahora –como la hice entonces- y recordar los ruidos que habían salido de mi boca momentos antes. A partir de los ruidos y el contexto (que también se puede recordar) se pueden inventar historias que cuadren con todo aquello (ruidos, contexto) y que expliquen una fantasía sobre la entidad mítica “aquello que se dice”, preferiblemente incorporando referencias también míticas a la entidad “aquel que lo dice”.

Dependiendo de hasta dónde llegara mi memoria auditiva, y la otra memoria, la de “la punta de la lengua” y las palabras a medio formar, así de pocas historias serían posibles sobre lo que “estaba diciendo” –y, por cierto, en aquel momento vi en seguida que sólo podía estar diciendo una cosa-.

— Que qué has dicho.

Se dicen cosas: eso es casi innegable. Al menos, si nos atenemos a una definición suficientemente poco sofisticada de lo que es decir algo: emitir

sonidos, ruidos. En ese caso todo el tiempo se están diciendo cosas (y todo el Café Torino parecía estar diciendo algo en aquel momento). Si podía decir (!) que los demás, aquella gente sentada y de pie, tomando cafés (entendiendo informalmente lo de ‘gente’, ‘sentada’ y ‘de pie’, ‘tomando’ e incluso ‘café[s]’. Volveré sobre todo esto), si puedo decir, incluso ahora, que esa gente decía algo, lo mismo puedo decir sobre mí: *indudablemente*, yo estaba hablando y diciendo cosas.

— ¿Quién, yo?

Yo, indudablemente. Esto es, sin que nadie lo pueda dudar. Yo, por lo menos, no lo podía dudar: acababa de decir algo, si mi boca es de alguien que pueda ser el sujeto de la frase ‘Él lo dijo’ y pueda ser el dueño de los labios traídos por la frase ‘Salió de sus propios labios’. Los labios de quién, por favor. ¿Los míos? ¿Puedo ponerme a decir algo? Empezar a decir algo: eso es una acción. ¿Puedo ser el agente de la acción de decir algo? Para ganar tiempo, puedo separar el ‘decir algo’ de la persona que lo dice con estas redundancias: ‘ser el agente de la acción de decir’. Más vale, porque en cuanto se llega al momento en el que, por fin, se espera de mí que inicie la acción, que sea la fuente de la dicción de algo, se va a ver muy claro que no sé ni por dónde empezar.

Vale más que introduzca pausas, que me ponga (a ‘mí’, sobre esto también tendré que volver) al final de una larguísima frase poblada de sujetos, agentes, que realizan, acciones, para no verme a solas con el verbo que sea: ‘decir’. Si al final se acaba la frase y me he quedado frente al verbo, y no consigo despistarme hasta poder decir que he dicho (en cuyo caso no habría problemas. De nuevo, si has dicho, lo que has dicho es lo que has dicho) entonces hay que confesar

que no puedo decir nada, que no se puede empezar a decir, que no sé ni por dónde empezar, sin esperar a haber empezado para asegurarme de que se ha empezado, sino realmente actuar sobre el decir y hacerlo, en el momento, ahora: entonces; aquí: allí en el Café Torino.

Hay un momento anterior a empezar a hablar, y un momento posterior. Se puede grabar en cinta lo que se dice, y hay un trozo en blanco antes de que comience la voz. Se puede escuchar a alguien decir algo, pasar por las etapas que van desde el aún no haberlo dicho hasta el haber acabado de decirlo. Se puede esperar en el café, sentado, a que “pase un ángel” y quedará claro que la gente ha dejado de hacer algo: hablar, para hacer otra cosa: permanecer en silencio. Entonces, es necesario que haya un momento entre el antes y el después de empezar a hablar que sea el empezar a hablar mismo. Pero yo no sé hacer ese momento. No puedo empezar a decir algo. ¡'Empezar'!

Y hasta ahí sólo el problema de empezar a hablar, como si seguir hablando fuera posible en absoluto; como si una vez solucionada la singularidad del comienzo pudiera seguirse hablando sin problemas, un sonido tras otro hasta las palabras y luego las frases que irían cayendo como los árboles que se cortan imaginariamente al pasar a toda velocidad en coche por un bosque. (Singularidad que, por otra parte, ofrece, para tranquilidad nuestra, su semejanza con el infinitésimo, con el punto de inflexión, que lo redime como lo que no existe como existen las cosas de mediano tamaño pero que, claro que sí, en realidad está en alguna parte, entre el punto anterior y el posterior, menos especiales). No es así: cada momento en que se dice algo se está empezando a decir el comienzo de la siguiente parte



« ¿Qué has dicho? »

de lo que se dice. ¿Está claro? Cada momento es el comienzo de un momento mayor. Más a propósito: cada momento tiene por comienzo un momento menor y así hacia atrás y atrás hacia el comienzo de lo que sea que esté ocurriendo. Estar diciendo es estar empezando a decir, siempre.

Pero eso no puede ser lo importante, porque que hablen los demás no produce ninguna perplejidad: en el Café Torino sin ir más lejos se hablaba mucho, con pasión (o con griterío, va a ser): ningún problema, siempre que no fuera yo el que hablase.

Dicho sea de paso, la razón por la que se entraba al Café Torino era ésa: el ruido de la gente que hablaba, que pasaba del silencio al decir y de un momento de decir al siguiente de forma muy poco milagrosa (por lo muy frecuente y lo muy visto que está que la gente hable). Tuvieras o no algo que contar, en el Café Torino se esperaba que largases inmisericordemente. Las cosas que se discutían allí podían dar pereza, vergüenza ajena, ganas de repartir bofetadas o de pedir un café, pero sería exagerado decir que provocaban pasmo o maravilla. Eso [lo que indica el “eso” del principio del párrafo anterior a éste. ¿Qué indica, por cierto?] no puede ser, entonces, lo importante.

— Quién va a ser.

Lo importante es que la única manera de describir lo que pasaba era decir que yo estaba diciendo algo, lo que debe de ser mentira, porque yo no sé hacerlo. Eso ya lo he aclarado: no puedo decir. Sólo puedo haber dicho. Por lo tanto, *yo no he sido*.

— Yo no he sido.

Es tristísimo que la única manera posible de

explicar las cosas sea una que no cuadra en absoluto con esas mismas cosas. ¿Cómo es esto? Tan sencillo como que si me acerco a un momento en el que estoy hablando y quiero decir que lo estoy haciendo *yo* (hablar), tengo que suponer que puedo hacerlo. Si *no se puede* hacer algo *no puede hacerse algo*. Pero yo no sé hablar. Pero yo estoy hablando. Pues entonces no puedo decir nada sobre el tema: me tengo que quedar esperando a que pase y esperar no darme cuenta de que he hecho algo que no puedo hacer.

Si no me hubiese preguntado nada, si Alicia me hubiera oído a través del barullo que llegaba desde las otras mesas, no me habría dado cuenta en ese momento de que estaba haciendo algo que no puedo hacer, y no hubiera perdido el hilo tan estrepitosamente. Por lógica, esto debería pasarme cada vez. No debería ser nada especial, lo natural sería que cada vez que notase que estoy hablando (o por otra parte ‘tomando un café’, ‘sentándome en la mesa’ o ‘poniéndome de pie’) me quedase en blanco y dejase de hacerlo: si me he dado cuenta de que estoy haciendo algo que no puedo hacer, no voy a ser tan incoherente como para seguir con ello. Sin embargo, la mayor parte del tiempo hago todas esas cosas, incluso a la vez, y me quedo tan tranquilo. Además, era muy fácil retomar el hilo donde lo dejé cuando me preguntó qué estaba diciendo. Estaba diciendo. Una cosa. Estaba. Diciendo. Una cosa. ¿Cómo se escribe esto: ‘estaba diciendo una cosa’?

— Claro que has sido tú. Te estoy mirando. ¿Qué has dicho?

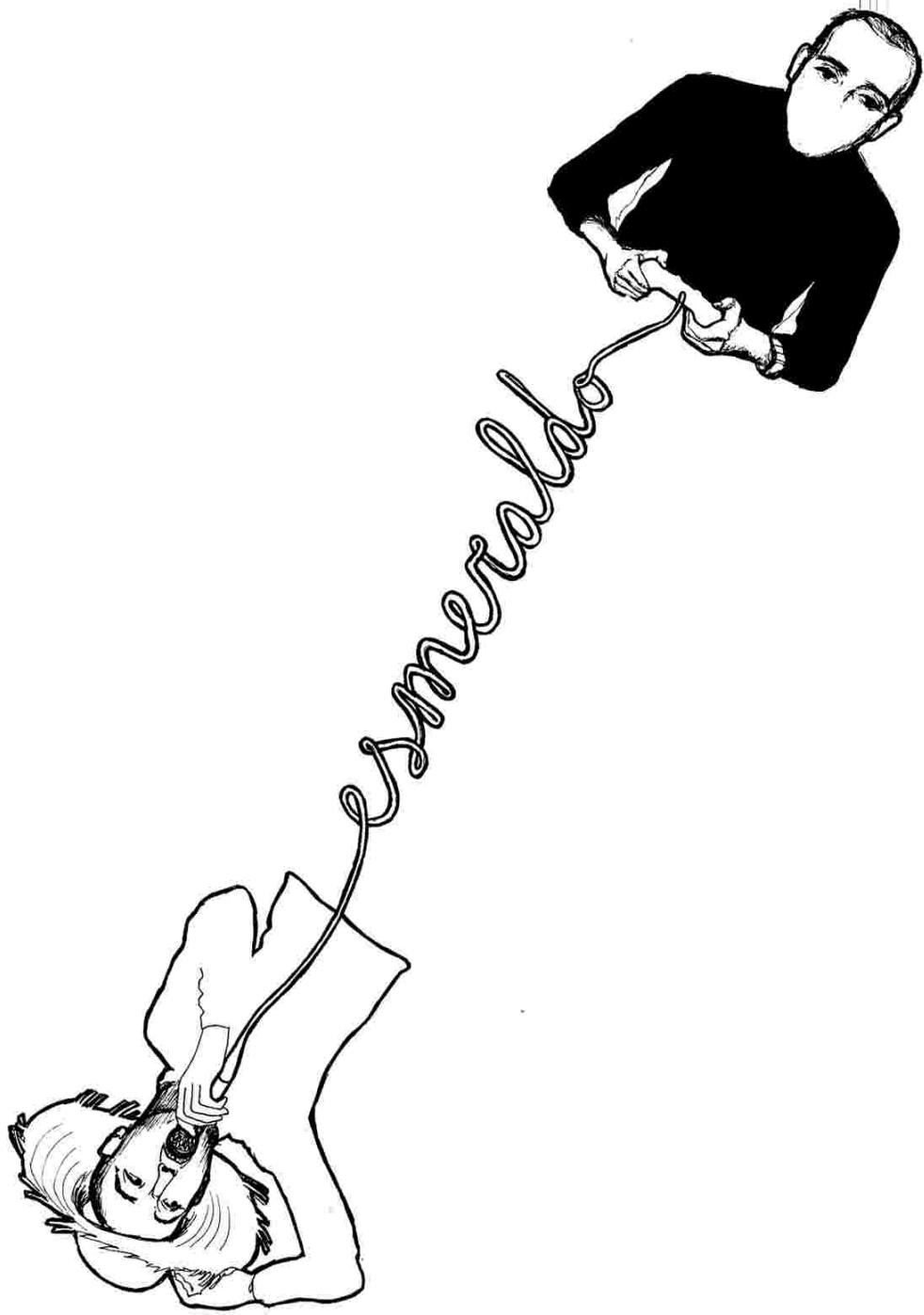
Claro que había sido yo: la de cosas que se decían en el Café Torino. Y yo diciendo una, concreta, que (para qué seguir mareando la perdiz) recordaba perfectamente y que venía a propósito de otras que había dicho antes. Era una cosa concreta, que recordaba perfectamente.

Si me organizo, lo diré, pensaba entonces, abriré la boca y allá vamos. Si puedo pensar, puedo decir lo que estoy pensando. ¿Pero puedo pensar? Estoy pensando. ¿*Estoy* pensando? ¿Pero con quién me creo que estoy hablando? Conmigo mismo, va a ser: qué soberana tontería, por Dios santo.

La gente en el café Torino estaba hablando de cosas. Yo había entrado y me había sentado en una mesa con dos sillas, una ocupada y una vacía. Me había sentado enfrente de la chica que ocupaba la silla ocupada y había empezado a hablar. Esto lo sé ahora. Todo transcurría con normalidad. Yo pedí un café, Alicia tomaba un cortado. Esperé unos segundos, o se esperaron solos, y comencé a hablar de una cosa; una cosa concreta, que recuerdo perfectamente.

— Yo no he dicho nada.

{FIN DE LA PRIMERA ENTREGA}



“Javier Pérez Gaitán (8 años) y Elisa Gaitán Pérez (32 años) desaparecieron el día 6 de abril de 1987. Si tiene información sobre su paradero, comuníquelo a la policía. Sus familiares los están buscando.”

Lo que ocurrió fue lo siguiente. Cada uno de ellos, en un momento diferente del día 6 de abril y a causa de procesos independientes, tropezó con una piedra, entró en combustión espontánea y cayó al suelo envuelto ya en un violentísimo incendio que acabó rápidamente en un confeti de cenizas. El viento diseminó los copos parduzcos por el barrio y eso fue todo.

Así que, si al leer el cartel pensaste que Elisa y Javier eran una madre soltera y su hijo -¿por qué, si no, llevaría Javier los apellidos de Elisa, invertidos?- que habían huido juntos de la asfixiante tutela de sus familiares que ‘los están buscando’, y que aun hoy, dieciséis años después, siguen ahí, a ver si encuentran piso, en alguna provincia del sur de España, te equivocaste en todo y además eres un cursi.



«...toda la serenidad del mundo...»

La primera muerte del mundo.

Imaginemos que la primera muerte del mundo ocurriese hoy en día, en el año 2003.

Cómo habríamos llegado a nuestro tiempo sin que nadie se muriese y sin una superpoblación insostenible es algo que en este momento no me concierne. Para beneficio de la discusión podemos suponer que los nacimientos serían relativamente infrecuentes y que los hombres –todos los hombres y todas las mujeres- llegado un momento u otro decidirían hacer un viaje sin llevarse el móvil, o escalar montañas llenas de simas que se abren ante los pies. Todo esto ocurriría por la más improbable de las casualidades: cada uno se pondría a viajar por razones diferentes e independientes entre sí. Al cabo de los meses o los años, cuando se hiciera obvio que había desaparecido definitivamente, el recuerdo de la persona se rodearía de un halo romántico y aventurero, embellecido con leyendas acerca de monasterios secretos que nadie quiere abandonar o de islas llenas de Calipsos, repartidas por todo el océano. Nadie sumaría dos más dos y nadie llegaría a cuatro (con ‘cuatro’ igual a que

aquellos desgraciados –que son, no hay que olvidarlo, todas las personas del mundo- se habrían despenado o estarían formando parte del humus de la selva tras haber sido consumidos por cualquier fiebre tropical). En definitiva, por lo que respecta a nosotros (los ‘nosotros’ de ese mundo hipotético), aquí no se muere nadie.

Pues bien, es junio del 2003 y Arturo P. está a punto de morir. La luz del sol entra por las ranuras de la persiana y organiza la cara de Arturo en zonas que significan, cada una, uno de los temas clásicos del enfermo desahuciado: los labios fruncidos porque sufre, los ojos cerrados porque está agotado, las orejas enormes porque es viejo. Sus tres hijas se sientan a su alrededor y sostienen conversaciones voluntariosamente frívolas, hechas de frases que empiezan con una risa apremiante y acaban de cualquier manera, finalmente vencidas por el murmullo del televisor encendido en la habitación contigua. En estos momentos miran a su padre, se miran entre ellas y cualquier frase de la presentadora del magazine de tarde les entristece.

Para las hermanas P., Arturo P. está seriamente enfermo. Recordémoslo: no se está muriendo, no existe tal cosa. Están preocupadas porque su padre no lo está pasando bien; no obstante, confían en que pronto se empezará a encontrar mejor y que antes de que acabe el verano estará restablecido (así ocurre siempre) y podrá por fin emprender la excursión a la selva del Orinoco tantas veces aplazada. Esta vez, empero, Arturo P. no se cura: se incorpora repentinamente, señala con el dedo a la hija pequeña y se muere.

Ahora se debería explicar lo que se ve por la ventana en ese momento, qué hora y qué día es, que ropa llevamos puesta cada uno de nosotros (los ‘nosotros’ de allí), salvar para el recuerdo futuro todo aquello que se da en la misma hora que la muerte de Arturo P., hacer como si el tiempo mismo se parase para observar, con su inmaterial semblante apesadumbrado pero orgulloso de asistir a semejante lección del destino, cómo se muere

Arturo P. Deberíamos ponernos a la altura de semejante efeméride, pero es difícil hacerlo cuando las personas más implicadas en la tragedia, las hermanas P., justamente están mucho más tranquilas que hace unos minutos y por primera vez en todo el día se atreven a apartarse de la cama de su padre y hacer sus cosas: calentar agua y llamar por teléfono. Esto es así porque un muerto es algo que no se ha visto nunca. Según ellas, Arturo P. está dormido, le acarician la frente y salen de la habitación de puntillas, sonriendo. A estas alturas lleva, de hecho, dos días dormido tan profundamente que no hay manera de despertarlo. La hermana pequeña ya se ha cansado de darle bofetadas cariñosas con el dorso de la mano y la grande ha tenido que cogerla por las muñecas cuando ha empezado a zarandearlo en serio. Han llamado al médico para que las ayuden. El médico está perplejo: Arturo P. tiene la frente helada, el corazón le late tan suavemente que apenas se oye y respira tan levemente que ni empaña los espejos ni mueve las hojas de papel cebolla que el médico le coloca debajo de la nariz. Llaman a un músico: sonajeros y sonidos chirriantes son igualmente ineficaces. Despiden al músico, que recoge sus bártulos decepcionado. Un amigo de la familia tiene una idea: hacer como si tuviera hipo y aplicarle los remedios tradicionales para el caso. Le dan sustos, le tapan la nariz mientras recitan letanías contra el hipo, intentan hacerle beber un vaso de leche caliente: le abren la boca y empiezan a verter. Viendo como la leche rebosa por encima de los labios y resbala por el pelo y las orejas de Arturo P., manchando los cobertores y las sábanas, la hermana mediana se da cuenta por fin de que hay algo muy malo en el sueño de su padre y sale de la habitación, alisándose nerviosamente la falda. El amigo de la familia, que es el que está dirigiendo las curas contra el hipo,

intenta disimular su fracaso con un aparatoso enfado por la falta de colaboración de las hermanas que ni siquiera le sostienen la cabeza a su padre cuando hace falta, y no calientan la leche suficientemente. Sale dando un portazo.

Como quizá ya se habrá notado, la hermana pequeña sufre, la hermana mediana está agotada y la hermana mayor es vieja.

Hoy han tenido que sacar la cama de Arturo P. al patio, porque de tantos días durmiendo sin ducharse ha empezado a oler realmente mal. Si alguien les hubiera dicho en ese momento que Arturo P. se está descomponiendo simplemente no lo habrían entendido. Las personas no se descomponen. Caen enfermas o se hacen cortes en la piel pero en ningún sentido (no metafórico) se descomponen. La hermana pequeña ha vuelto a los cachetes cariñosos en la mejilla y nota que el tacto de la piel ha cambiado indefiniblemente y que su padre está ligeramente más gordo. Un amigo del amigo de la familia, periodista, toma fotos del cuerpo difícilmente reconocible de Arturo P.

En las siguientes semanas, las hermanas se abrazan cada día a un cuerpo crepitante y casi líquido, que quizá no puede morir, pero es obvio que está desapareciendo. ¿Cómo va a curarse alguien que no tiene carne ni órganos? ¿Puede una persona cuyo cuello acaba de sucumbir a los cachetes de la hermana pequeña, que ha tenido que correr, llorando enloquecidamente, para impedir que la cabeza rodara hasta la calle, recuperarse? ¿Es imaginable, siquiera, que se pudra una persona? Dejaremos aquí a las hermanas P. y a su padre, que hace ya meses que está relativamente estable, sin mejorar pero tampoco empeorar. La hermana mayor se casa con el periodista, la mediana con el músico y la pequeña con el médico. Sus cachetes resuenan como crótalos por todo el vecindario.

El otro día llegué a casa, consulté el contestador automático y tenía grabado este mensaje.

“Hola, Teresa, no sé si vindràs a casa o no, pero si véns i sents aquest missatge, de la reunió que vam tenir, vam decidir que, bueno, que parlessin elles i que diguessin tot lo que tinguessin que dir i després, doncs, bueno, eh, escoltar-les i, amb *toda la serenidad del mundo*, demanar-lis a elles les explicacions i dir-lis el que pensem. ¿D’acord? Un petò.”

Traducción:

“Hola, Teresa, no sé si vendrás a casa o no, pero si vienes y oyes este mensaje, de la reunión que tuvimos, decidimos que, bueno, que hablasen ellas y que dijeran todo lo que tuvieran que decir y después, pues, bueno, eh, escucharlas y, con *toda la serenidad del mundo* [en español originalmente– M. M.], pedirles a ellas las explicaciones y decirles lo que pensamos. ¿De acuerdo? Un beso.”



<<...toda la serenidad del mundo...>>

Esmeraldo, núm. 1:

Redacción: manolo@austrohungaro.com.

Ilustraciones: ballesteros@austrohungaro.com.

Maquetación: genis@austrohungaro.com.

Un producto de Austrohúngaro.

<http://www.austrohungaro.com/esmeraldo>